S

egún [Transparencia Internacional](https://images.transparencycdn.org/images/Report_CPI2022_English.pdf) solo unos pocos países pueden considerarse “limpios”, a saber (el puntaje máximo es 100): 90 Denmark, 87 Finland, 87 New Zealand, 84 Norway, 83 Singapore, 83 Sweden, 82 Switzerland y 80 Netherlands. Colombia apenas alcanzó 39 puntos. [Afirman](https://www.transparency.org/en/news/cpi-2022-americas-corruption-criminal-networks-human-rights-abuses) que “*En la Amazonía, el narcotráfico ha traído violencia a los territorios ancestrales de los pueblos indígenas y afrodescendientes, que coinciden con áreas críticas de alta biodiversidad. Además, en 2021, los países latinoamericanos registraron el mayor número de asesinatos de defensores de derechos humanos. Colombia (39) tuvo el mayor número de asesinatos de defensores de derechos humanos con 138, seguido de 42 en México (31) y 27 en Brasil (38). Con demasiada frecuencia, los asesinatos de defensores del medio ambiente y la lucha contra la corrupción quedan impunes debido a la infiltración de redes corruptas y criminales en los gobiernos locales y el sistema de justicia*” Mientras muchos contadores siguen atormentados porque se les haya reiterado que deben denunciar las sospechas de lavado de activos y prácticas afines, parece que nosotros no logramos mejorar. A lo mejor el escorpión está dentro del Estado y no fuera de él. ¿Cuántas sospechas fueron notificadas por los funcionarios públicos? ¿Qué porcentaje de actos corruptos ha ocurrido vinculando únicamente al sector privado? ¿Podemos seguir tratando de controlar la situación sin intervenir decididamente la informalidad? ¿Por qué hay funcionarios con altísimos ingresos no gravados? En verdad todos deberíamos llevar contabilidad, apropiada eso sí. La ineficiencia de los órganos de control de Estado y de sus distintas agencias, puede ser conveniente para mantener el estado de las cosas. Mejor no apretar más porque se cuestionaría a muchos que pasan por íntegros. Mientras la prisión debería proteger a la sociedad y reeducar, reconducir a los llamados internos, en realidad allí se vuelven más malos en relación a como llegaron. Es decir: nuestros discursos justifican instituciones y procedimientos, pero estamos ante nubes de humo que no nos dejan ver la realidad. La contaduría, en cuanto empoderada sobre la información empresarial, tiene una capacidad analítica y propositiva que debe ejercer y no solo destacar en manifestaciones orales o escritas. ¿Podría mantener observatorios incisivos? ¿No podemos parecernos a una santa, buena, efectiva, junta de acción comunal? Es decir, dejar de esperar y de requerir que otros vengan en nuestro auxilio y, en cambio, con fundamento en la acción común, inclinar la barca para donde toca. En lugar de tantas visiones individualistas, si acaso por toldas, podríamos cambiar la cultura para que, al hacernos estudiantes, profesores o egresados, entremos a pertenecer a una gigantesca corporación cívica que ilumine o transparente rincones que suelen estar en penumbras. Sería como ser boy scouts, aunque vivamos en distintos barrios, estudiemos en distintas universidades, trabajemos para diferentes empresas, tengamos diversidad de cultos, de orígenes, idiomas, costumbres, etcétera. Entonces sería un orgullo confesarse contable.

*Hernando Bermúdez Gómez*